



La Carcajada
de Colores

Valeria jugaba en el arenero del jardín y estaba loca por meterse a nadar, la maestra había llenado varias alberquitas de plástico con agua y a Valeria no había nada que le gustara más que jugar con el tibio líquido, sus abuelos vivían en un lugar con mar y ella solía pasar allí las vacaciones. Junto a ellos, había escuchado muchas historias de grandes barcos y tesoros escondidos en el fondo del mar.

Cuando la maestra dijo que ya se podían meter, Valeria fue la primera en salir corriendo a chapotear. Las pequeñas albercas no tenían mucha agua, porque los niños y niñas de su grupo eran pequeños y Valeria era la única que sabía nadar.



Se sentó en la alberca y se puso a ver las nubes, una parecía un barco no muy grande, era más bien una de esas lanchas que cuelgan de algunos barcos y parecía que iba navegando en el cielo.

De pronto Valeria tuvo que abrir muy grandes los ojos por que creía ver un pirata rechoncho y con un parche rojo que agitaba su mano saludándola desde una lancha que se balanceaba por el cielo azul.

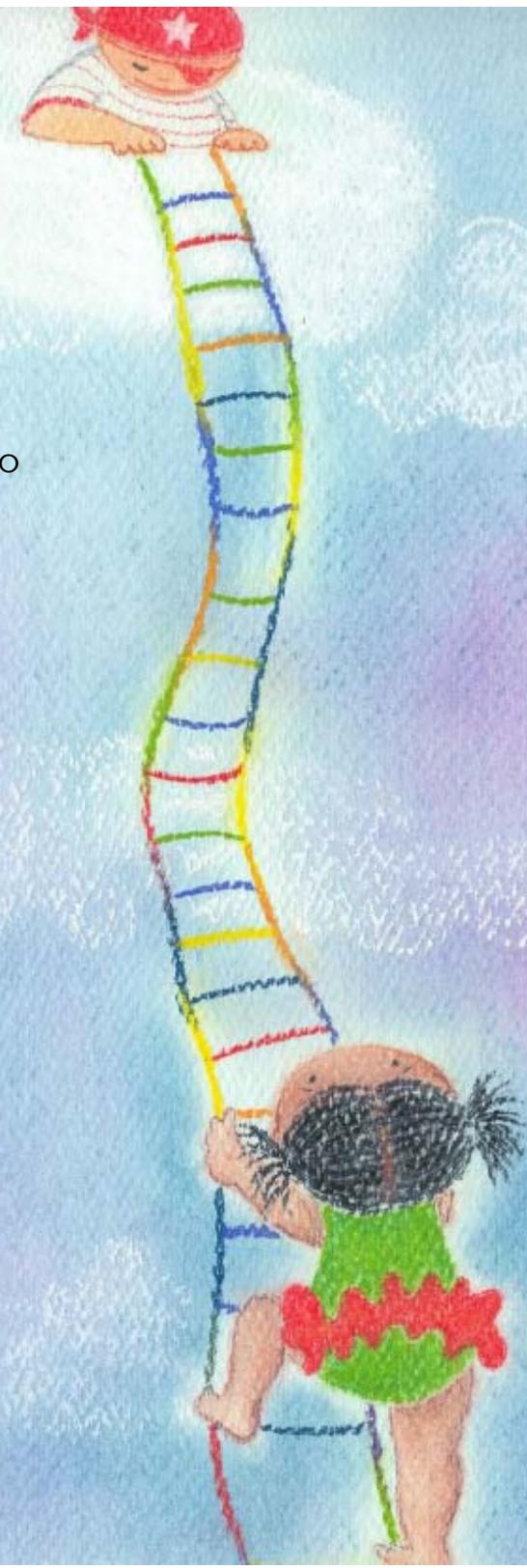
Primero tímidamente y luego con fuerza la niña agitó su mano emocionada, el pirata que traía un perico morado y con lentes en el hombro le sonrió y su cara se pareció a la de la luna llena, y estirando los brazos, invitó a la niña a subir con él a la lancha.

Valeria se levantó de un salto salpicando a sus amigos que le preguntaron: ¿a dónde vas?

-Arriba, al cielo...

Nadie aparte de Valeria podía ver nada, y tampoco pudieron ver la escalera de trenzas que poco a poco bajaba hacia la niña. Al comenzar a subir, sintió miedo, pero escuchó que alguien le decía:

-No te preocupes, si te caes yo te sostengo.



Volteó y vio que era el perico morado con lentes que le sonreía, mientras volaba bajo sus pies.

En cuanto llegó a la lancha, lo primero que hizo fue preguntarle al pirata: ¿a dónde vamos?

-Al barco de colores- le respondió él.

Valeria estaba emocionadísima, el barco era enorme, y cada pedazo de madera y cada palo era de un color diferente. Su maestra Ana Elena ya le había enseñado los colores, pero el barco era como un arcoiris de cada uno.

Cuando la niña estaba por bajar de la escalera y trepar al barco, oyó un trueno espantoso que la hizo brincar y pensar en su mamá.

De repente una nube se partió por la mitad y de ella surgió un monstruo que abrió sus fauces repletas de fuego que amenazaban caer sobre los niños.

El perico la asió fuertemente y la colocó junto a otros niños que observaban temerosos: algunos con trajes típicos de pueblos indígenas y otros con lentes, otros de pelo chino, algunos negros y otros de ojos rasgados. Todos la miraban con una sonrisa aunque con un poco de miedo.





-¿Qué es eso? preguntó Valeria.

-El monstruo dijo el niño de la silla de ruedas.

Un pequeño maya tzeltal afirmó:

-Nos odia y odia al capitán y a su barco.

-¿Por qué? preguntó Valeria.

-Porque no le gusta nada que no sea como él.

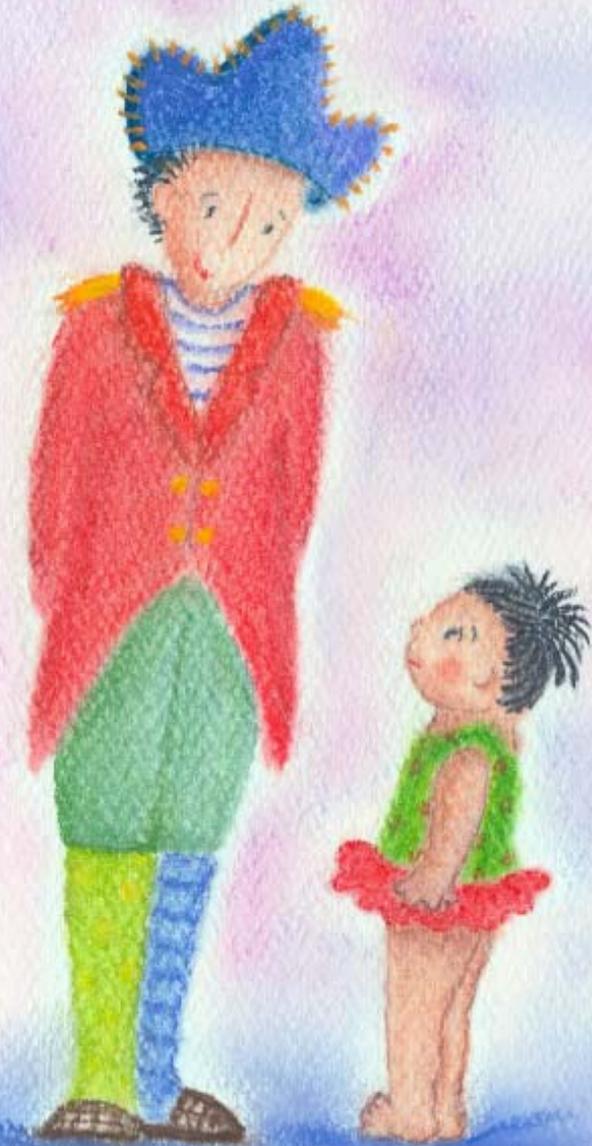
-¿Y qué hacemos entonces? añadió la niña cada vez más asustada.

De pronto se acercó alguien que parecía ser el capitán y le dijo:

-Por eso te invitamos Valeria, necesitamos niños de todas partes, de todos los pueblos, que nos ayuden a tratar de hacerlo nuestro amigo, niños que logren producir una carcajada de colores que pueda bañar al monstruo y acabar con su enojo y su mal humor.

-¿Morirá? preguntó la pequeña.

-Nada de eso gritó Federico, que así se llamaba el perico.



A nosotros nos gusta el monstruo, solo queremos que sea nuestro amigo.

¿Y si mejor compramos pintura y se la aventamos? dijo Valeria.

-No Valeria, necesitamos no solo del color, también de la fuerza de los niños.

-No tengas miedo Valeria dijo el perico, no permitiremos que nada te pase.

-Está bien, dijo ella, intentaré ayudarles.

-Muy bien dijo el capitán: formen un círculo y tómense de las manos, ayuden a los que les cuesta trabajo moverse, cuando lo hagan, les diré que más hacer.

-Mientras los niños trataban de ponerse de acuerdo, el monstruo comenzó a rugir furioso y a arrojar cada vez mayor cantidad de fuego.

-Rápido, gritaba el capitán, pónganse de acuerdo.

-Mientras los niños trataban de entenderse el capitán gritó: ¡Piensen en...! pero no pudo terminar porque en ese momento la nube se partió y de ella salieron un par de garras que lo tomaron por los hombros y se lo llevaron lejos, quedando solo las pantuflas que se le cayeron al volar por los aires.



-¿Qué vamos a hacer? lloraba Federico.

El capitán era el único que podía ayudarnos a convencer al monstruo de que se hiciera amigo nuestro.

-¡Hay que rescatarlo! dijo una pequeña que tenía una cicatriz en la cara.

-¿Cómo podremos rescatarlo si somos tan pequeños y ni siquiera sabemos que hay que hacer? respondió Valeria.

-Tiene razón, dijeron a coro, lo mejor será regresar a nuestras casas.

-Los niños escucharon un débil sollozo, era Federico, el perico que derramaba gruesas y tristes lágrimas de algodón color violeta.



-¡No llores, gritaron los niños!

-¿Quién cuidará de mi?, ¿quién me llevará a pasear por el cielo interminable y me dará galletas de pimienta y sopa de fideos con miel?

-¿Eso comes? preguntaron los niños al mismo tiempo.

-Claro, ¿ustedes no?

-Claro que no, a mi me gustan las galletas con mermelada y la sopa con limón, dijo alguien.

De un hueco del barco, salió el pirata del parche rojo y estrella blanca que con cara de preocupación les dijo: No tengan miedo, yo los cuidaré y juntos encontraremos la manera de enfrentarnos al monstruo. Hace ya algún tiempo que el capitán y yo intentamos amigarnos con él pero no hemos podido.

-¿Por qué? preguntaron los niños en coro.

-Porque es muy difícil aceptarnos tal como somos.

-¿Cómo es eso? volvieron a preguntar los niños.

-Si, explicó el pirata, se trata de respetar a los otros y no tratar de imponerles nuestra forma de ser.



-Es difícil entender que todos podemos aprender de todos, querernos y aceptarnos.

-Pues a lo mejor no lo es tanto, y enseñarnos juegos nuevos afirmó Valeria.

-¿Y entonces que hacemos? preguntó un niño que no podía ver.

-Tenemos que buscar a la reina de los piratas, ella vive navegando por el mar de las nubes transparentes. Hay que dirigir el barco hacia allá.

Valeria veía pasar ante sus ojos nubes de mil tonos y muchas formas, pero todo sucedía con tanta rapidez que no acertaba a atinar a que se parecían.

Iban tan rápido, que sintió que se mareaba pero en ese momento el barco se detuvo, al principio no se fijó en lo que había alrededor, estaba muy ocupada recogiendo una pequeña llave rosa que encontró en el suelo, pero cuando levantó la vista, se maravilló, había cientos de nubes de cristal en todos lados, y a lo lejos estaba anclado un barco enorme.

La niña no podía creer que hubiera algo tan grande y luminoso.

El barco brillaba como millones de estrellas de colores y estaba como suspendido en el aire.

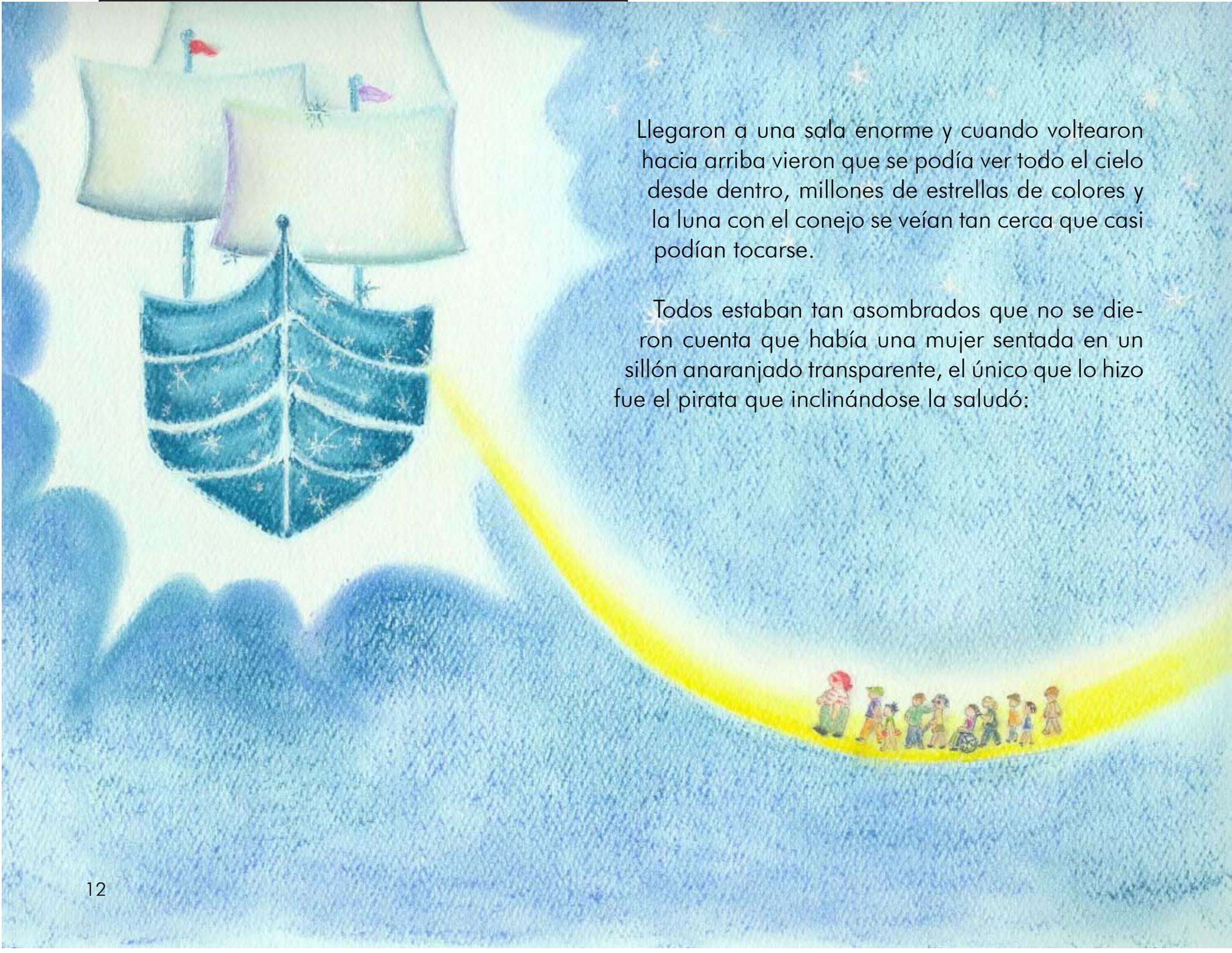
Entonces un puente surgió del frente del barco, llegó hasta ellos y se escuchó una voz que decía:

-Suban, espero que traigan muy buenas noticias.



Todos se voltearon a ver, nerviosos y tristes porque lo que tenían que decirle a la reina de los piratas que era a quien buscaban, no era muy bueno.

Todos comenzaron a subir, el pirata iba hasta adelante, y los niños detrás, algunos de los mayores ayudaban a los más pequeños, y algunos de los pequeños ayudaban a los que no podían ver o caminar.



Llegaron a una sala enorme y cuando voltearon hacia arriba vieron que se podía ver todo el cielo desde dentro, millones de estrellas de colores y la luna con el conejo se veían tan cerca que casi podían tocarse.

Todos estaban tan asombrados que no se dieron cuenta que había una mujer sentada en un sillón anaranjado transparente, el único que lo hizo fue el pirata que inclinándose la saludó:

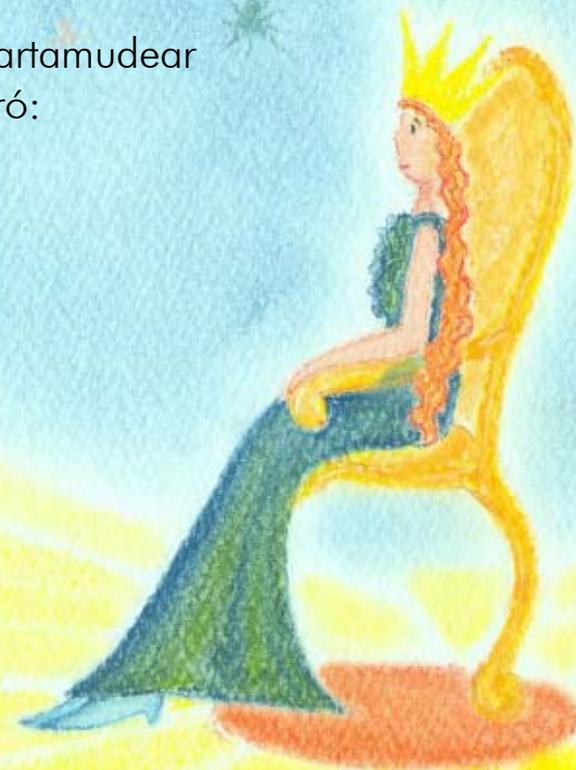
-Buenas tardes majestad...

En ese momento todos voltearon y ella sonrió: Y bien ¿dónde está el capitán?, ¿qué ha sucedido con el monstruo?

El pirata intentó explicar, pero se puso tan nervioso que empezó a tartamudear y no se le entendía nada, Valeria dio un paso adelante y murmuró:

-Lo siento, antes de que el capitán nos dijera que hacer, el monstruo lo atrapó y se lo llevó. Venimos buscando que usted nos diga que es lo que haremos.

-No, dijo llorando la reina, el capitán es mi hermano pero solo él sabe como luchar contra el monstruo, sé que tiene el secreto escrito en un pergamino que guarda en un cofre que es su tesoro.



-Y, ¿dónde está ese cofre?

-Está en su camarote, junto al mío.

-Vamos entonces y saquémoslo, gritaron felices y esperanzados todos los niños, el pirata y el perico.

-No podemos, ese cofre fue cerrado hace mucho tiempo y no puede abrirse porque está hechizado y solo Tristán el capitán puede abrirlo.

Tiene la llave que también está hechizada y es color de rosa, en una cadenita que lleva atada en uno de sus pies, pero como se lo ha llevado el monstruo, no podemos conseguirla.



-Los niños se quedaron muy tristes y nuevamente sin saber como proceder.

Valeria recordó entonces que ella había recogido una llave y que la había guardado en la bolsa de su bata y se las mostró a todos.

-La reina gritó entonces muy emocionada: ¡Esa es!, ¡tenemos la llave rosa! ahora si podremos abrir el cofre del tesoro.

Todos salieron de prisa hacia el camarote y Federico fue el primero en entrar, voló hacia abajo de la cama y con su pico jaló un cofre.

-¡Ábrelo! gritaron todos al mismo tiempo, Valeria ¡ábrelo!

-Ya voy respondió la niña, se acercó y metió la llave que después de dos giros abrió la tapa.



Dentro no había nada más que un amarillento papel enrollado.

-¿Es ese el tesoro? preguntó el pirata decepcionado.

-El mayor del mundo, contestó la reina y comenzó a leer:

“Para poder convivir y ser felices junto al monstruo, es necesario que muchos niños uniendo sus risas y sus manos, produzcan una gran carcajada que se eleve por el aire, rompa la barrera que lo protege y lo salpique con todos sus sentimientos.”

Pues eso es muy fácil, dijo el pirata del parche de estrella, juntemos nuevamente a los niños y hagámoslos reír.

-Ya sabes que no es cosa fácil respondió la reina. Esta carcajada tiene que salir del corazón, , solo así podremos vencer la barrera del monstruo.

Nada fácil, repitió la reina, es necesario un gran esfuerzo, es necesario ser muy valientes y atreverse a conocerse y a quererse, yo veo a algunos de ustedes que ni siquiera quieren platicar con otros niños o tomar sus manos.

-¿Qué haremos entonces?



-Valeria estaba sorprendida y alzó la voz diciendo: no veo en donde esta la dificultad, mis papás me han dicho que es muy importante querernos y respetarnos, y estoy segura que a los demás también se los han dicho.

-A mí si, dijo una niña morena.

-Yo no tengo papás, pero mis abuelos me lo dijeron, dijo uno de los mayorcitos.

-Entonces ¿están todos de acuerdo en intentarlo?
preguntó Federico.

-¡¡¡¡SI!!!! gritaron a coro los niños, y como uno solo, se subieron al barco después de correr todo el camino de regreso y con la reina al timón, navegaron hacia la tormenta, donde el monstruo continuaba rugiendo.

-¡¡¡Ahora!!!! gritó el pirata, los niños lograron formar el círculo, pero había un problema: No podían reirse, estaban tan asustados y nerviosos que no lograban esbozar ni una sonrisa, además solo algunos lograban tomarse de las manos, otros no, porque no querían estrechar con su mano al niño que tenían junto.

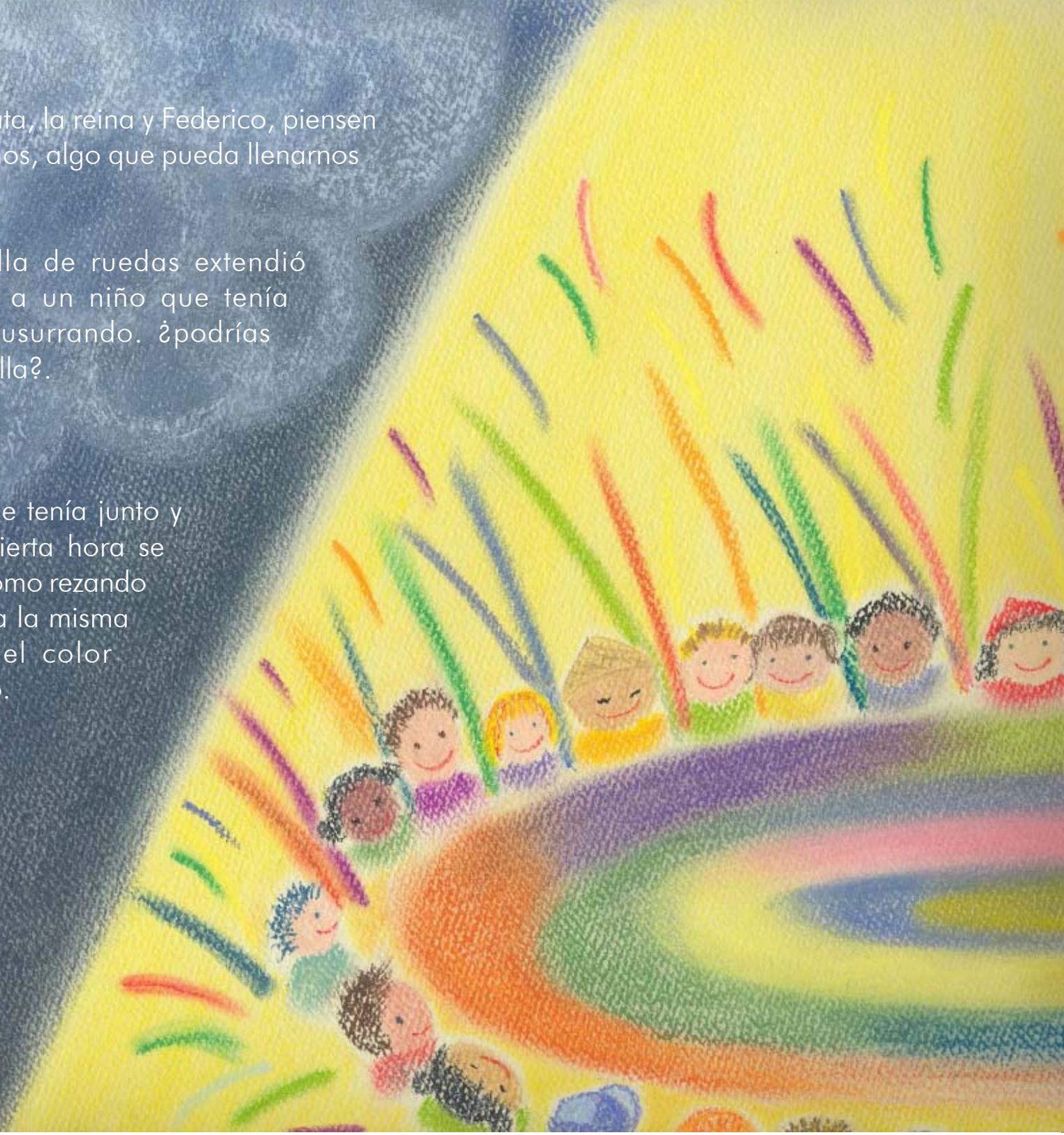


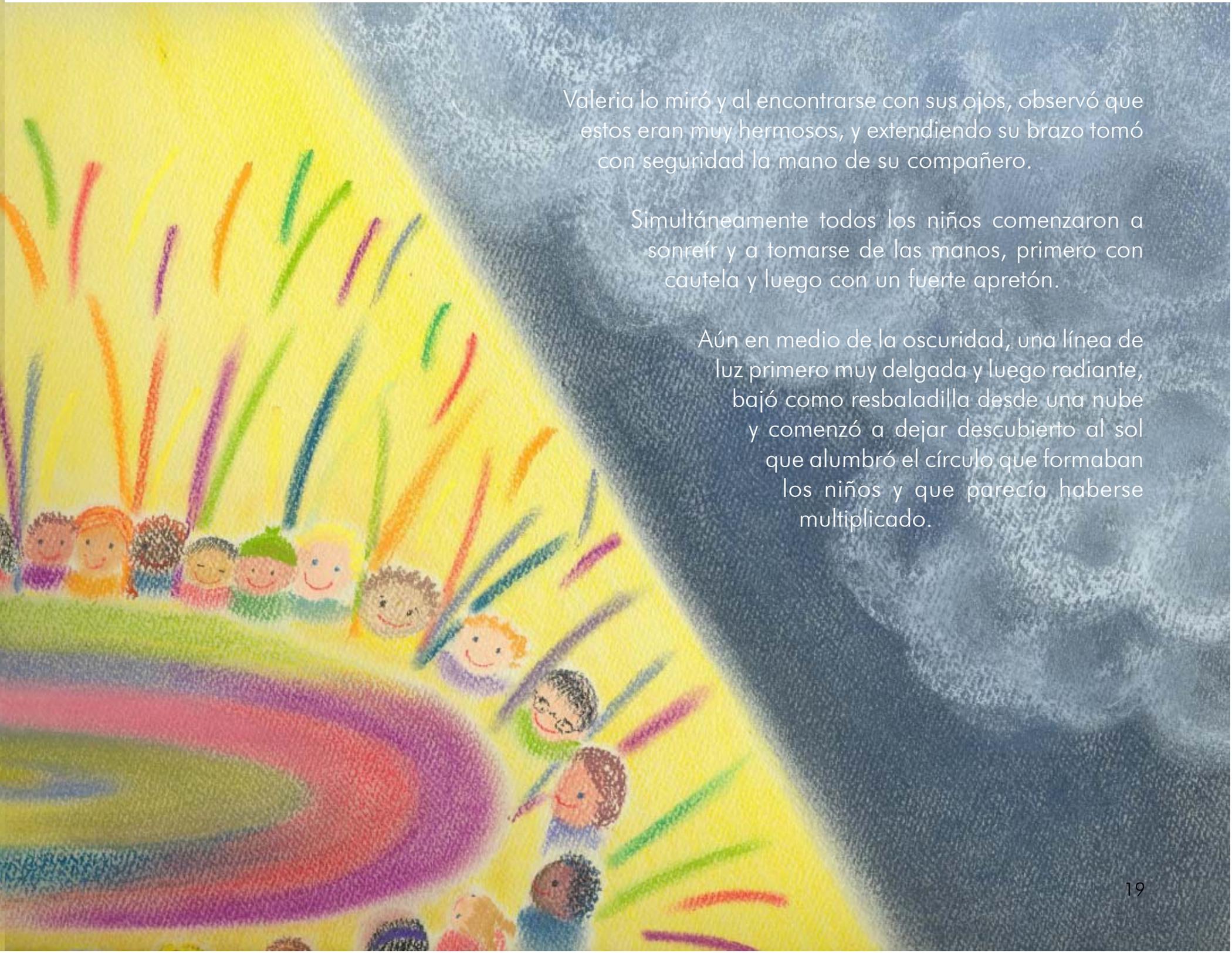
-¡Pronto! gritaban el pirata, la reina y Federico, piensen en algo que pueda unirnos, algo que pueda llenarnos de armonía.

-Una pequeñita en silla de ruedas extendió tímidamente su mano a un niño que tenía apariencia de atleta susurrando. ¿podrías ayudarme a mover mi silla?.

-Sí, claro.

-Valeria miró al niño que tenía junto y que todos los días a cierta hora se arrodillaba en el suelo como rezando y mirando siempre hacia la misma dirección, tenía la piel color aceituna y era muy serio.

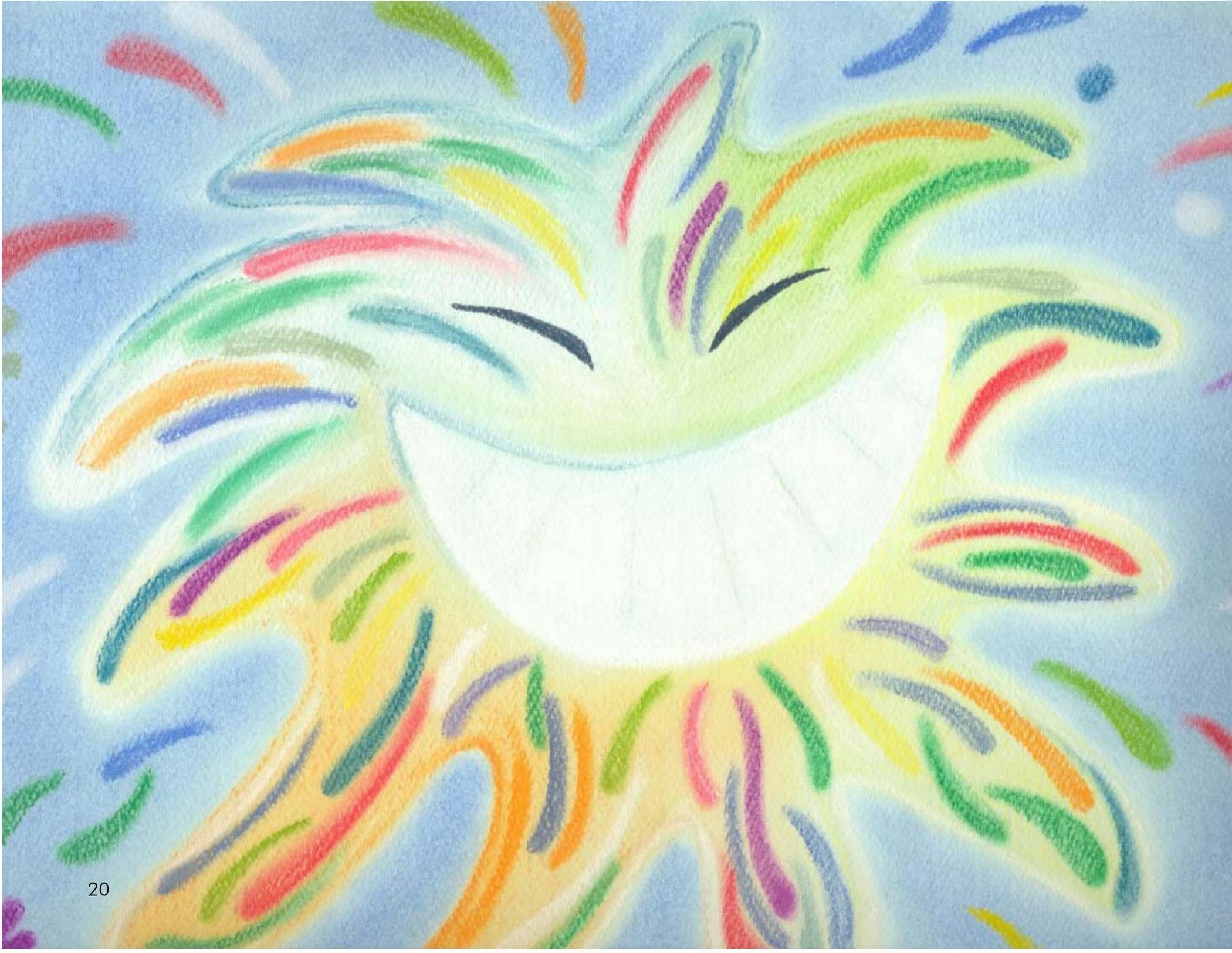


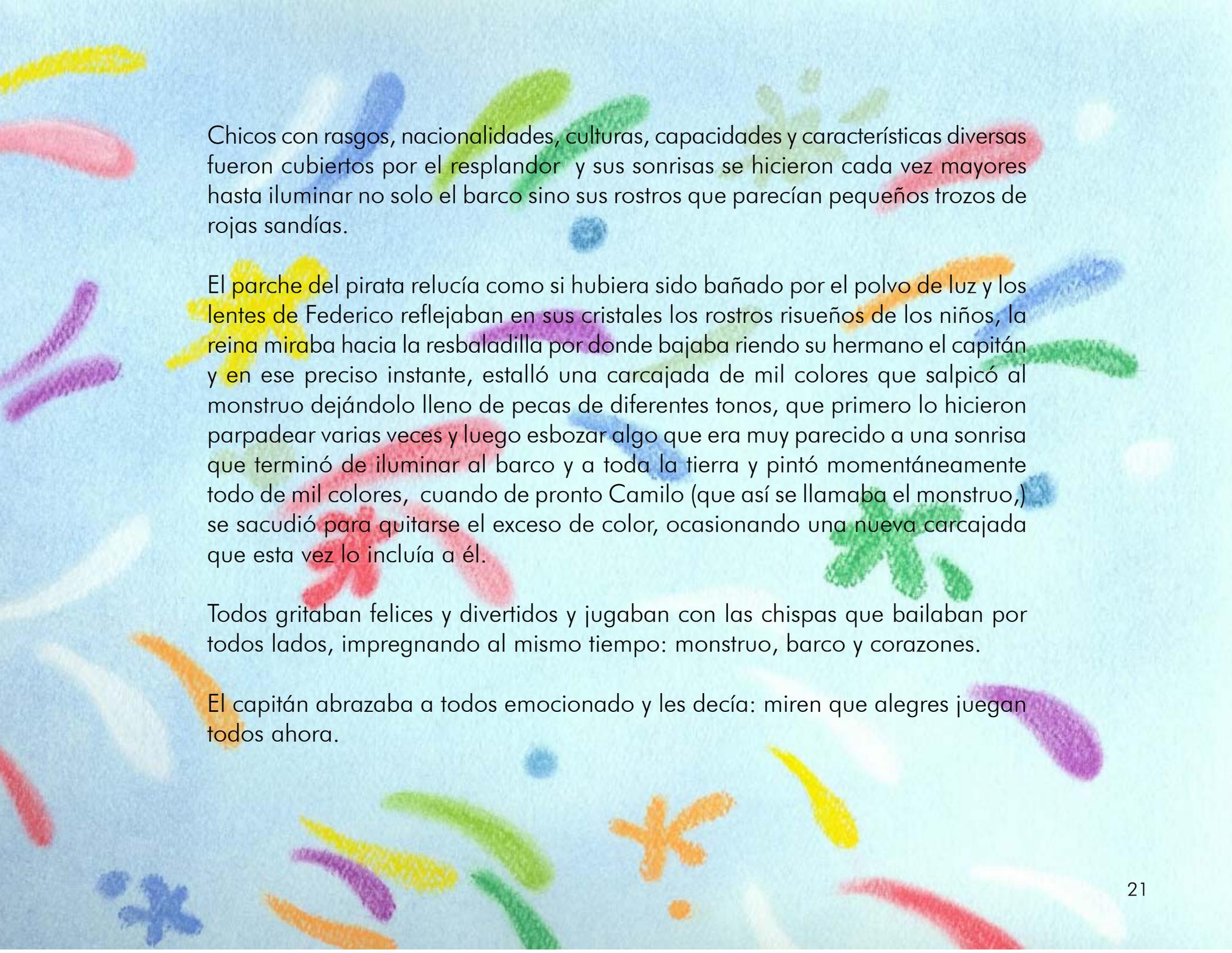


Valeria lo miró y al encontrarse con sus ojos, observó que estos eran muy hermosos, y extendiendo su brazo tomó con seguridad la mano de su compañero.

Simultáneamente todos los niños comenzaron a sonreír y a tomarse de las manos, primero con cautela y luego con un fuerte apretón.

Aún en medio de la oscuridad, una línea de luz primero muy delgada y luego radiante, bajó como resbaladilla desde una nube y comenzó a dejar descubierto al sol que alumbró el círculo que formaban los niños y que parecía haberse multiplicado.





Chicos con rasgos, nacionalidades, culturas, capacidades y características diversas fueron cubiertos por el resplandor y sus sonrisas se hicieron cada vez mayores hasta iluminar no solo el barco sino sus rostros que parecían pequeños trozos de rojas sandías.

El parche del pirata relucía como si hubiera sido bañado por el polvo de luz y los lentes de Federico reflejaban en sus cristales los rostros risueños de los niños, la reina miraba hacia la resbaladilla por donde bajaba riendo su hermano el capitán y en ese preciso instante, estalló una carcajada de mil colores que salpicó al monstruo dejándolo lleno de pecas de diferentes tonos, que primero lo hicieron parpadear varias veces y luego esbozar algo que era muy parecido a una sonrisa que terminó de iluminar al barco y a toda la tierra y pintó momentáneamente todo de mil colores, cuando de pronto Camilo (que así se llamaba el monstruo,) se sacudió para quitarse el exceso de color, ocasionando una nueva carcajada que esta vez lo incluía a él.

Todos gritaban felices y divertidos y jugaban con las chispas que bailaban por todos lados, impregnando al mismo tiempo: monstruo, barco y corazones.

El capitán abrazaba a todos emocionado y les decía: miren que alegres juegan todos ahora.

El pirata y el perico miraban desde una esquina un poco nostálgicos, porque sabían que tenían que regresar a los niños a sus casas y sentían que los iban a extrañar mucho, la reina se dio cuenta y abrazándolos los consoló: No se preocupen, siempre habrá niños para subir al barco y abrazarlos y quererlos.

El barco navegaba ahora plácidamente entre las nubes de algodón y poco a poco los pequeños iban bajando por la escalera de trenzas acompañados por Federico que revoloteaba alrededor de ellos diciendo adiós y derramando algunas lagrimitas de algodón.

Cuando le tocó el turno a Valeria, abrazó largamente al perico y también con lágrimas en los ojos le susurró: -¡nunca te olvidaré!, ¿vendrás a visitarme? le pediré a mi mamá que te haga galletas con miel y pimienta y podrás comer todas las que quieras.



-Y ¿las comerás conmigo?

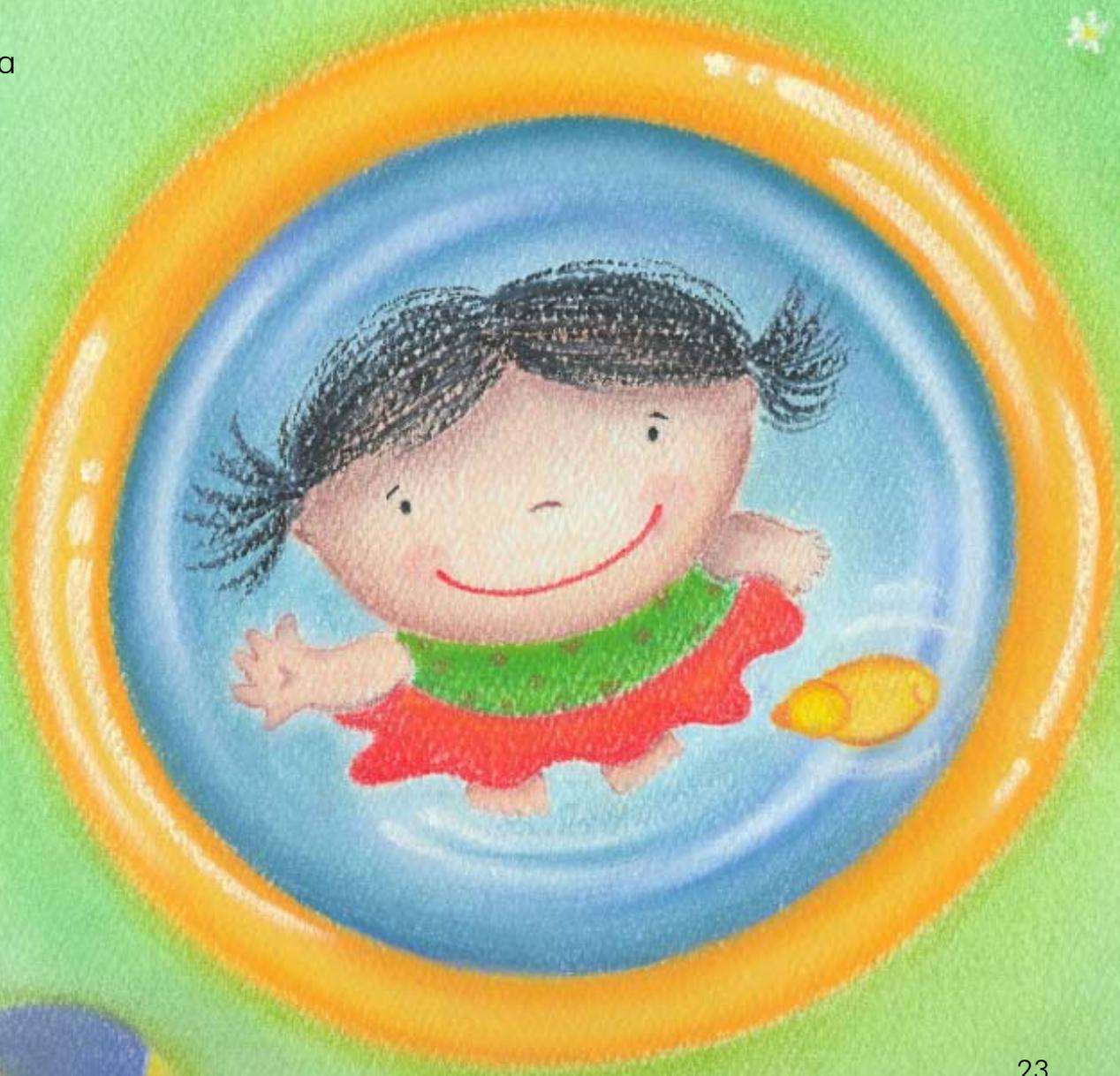
-Trataré , a lo mejor hasta me gustan...

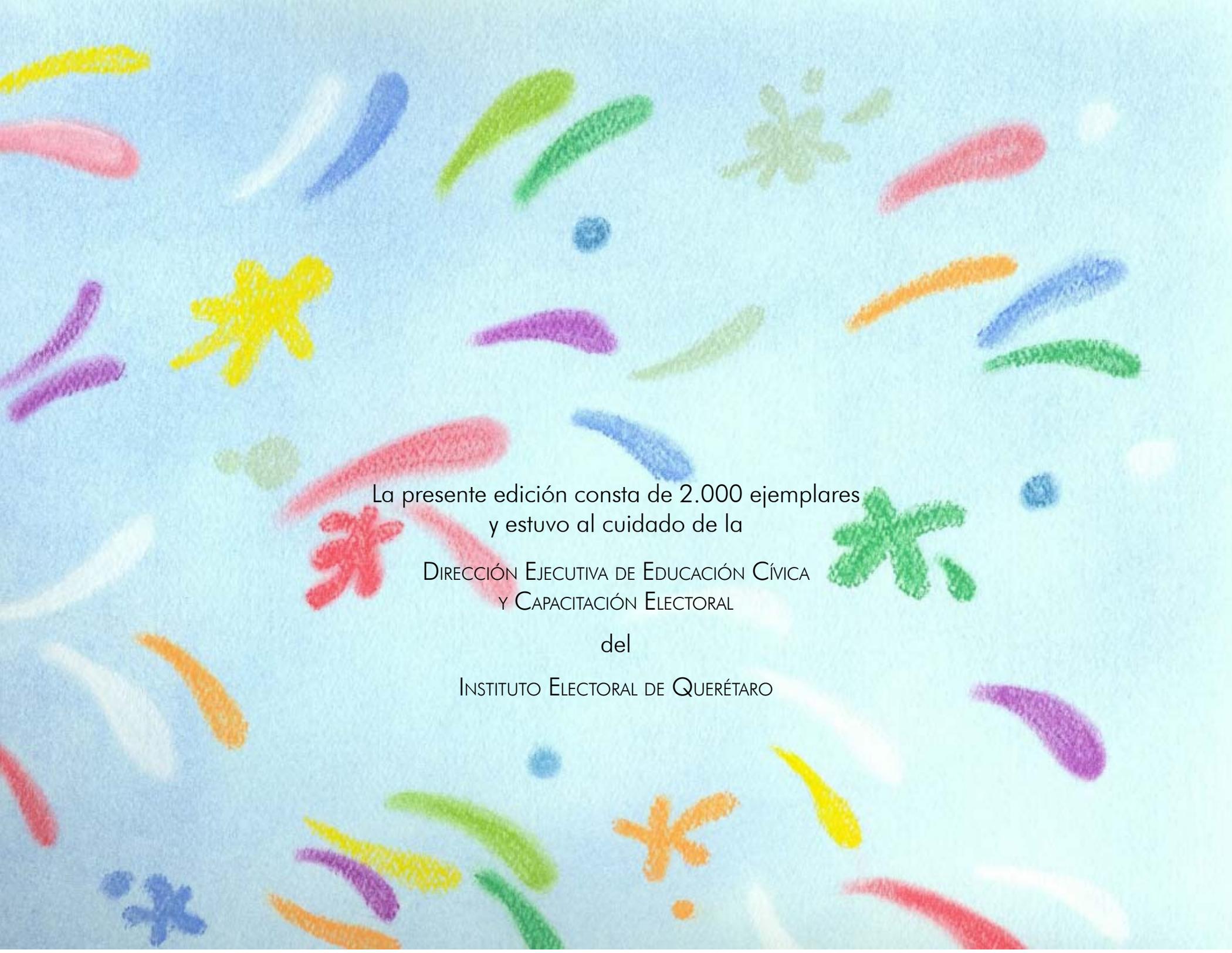
-La reina, el capitán y el pirata abrazaron a la niña dándole las gracias y pidiéndole que aunque creciera no olvidara lo que habían vivido y que se los contara a todos los niños.

-Lo prometooooo.

-Gritó Valeria mientras terminaba de deslizarse por la escalera y aterrizaba justamente en la alberca junto a su maestra Ana Elena a quien le sonrió feliz, al verla de nuevo.

-Adiós a todos dijo en un susurro, siempre serán mis amigos.





La presente edición consta de 2.000 ejemplares
y estuvo al cuidado de la

DIRECCIÓN EJECUTIVA DE EDUCACIÓN CÍVICA
Y CAPACITACIÓN ELECTORAL

del

INSTITUTO ELECTORAL DE QUERÉTARO